

El huipil como discurso político

Bianca Monserrat Castellero Vela
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

EXISTE UNA ESTRECHA RELACIÓN ENTRE TEXTO Y TEXTIL. Uno de los aspectos más evidentes de esta relación es su similitud fonológica y morfológica. Esto no es casualidad: Ferdinand de Saussure, en su *Curso de Lingüística General*, explica que existe una correspondencia entre sonido y pensamiento, es decir, que hay ideas que se fijan en ciertos sonidos. Ambos términos provienen del latín *textere*: tejer, trenzar, entrelazar. Su pasado participio es *textus*, lo que se tejió. El paso de *textus* a *texto* es un desplazamiento o relajamiento de la relación entre la idea y el signo. Esta alteración es la mutabilidad del signo lingüístico que nos recuerda también su inmutabilidad. Inmutabilidad que se ve materializada en que ambos términos mantienen su esencia de tejido. Un texto, según esta referencia, es un tejido, donde las palabras se entrecruzan en frases que a su vez se tejen para formar ideas. En este sentido, un textil es un tejido de hilos organizados perpendicularmente (los hilos en dirección longitudinal son la urdimbre, y los transversales son la trama) en telas, que se pueden transformar en una prenda de vestir. Texto y textil son tejidos de elementos que se unen para cargarse de sentido.

Una prenda que muestra la relación antes establecida es el huipil. La palabra huipil proviene del náhuatl *huipilli*, pero se denomina de distintas maneras según la lengua de la comunidad a la que pertenece o la adaptación que se ha hecho del término en náhuatl. Es parte de la vestimenta tradicional de varias comunidades originarias, principalmente del sur de México. En todos los casos es una tela rectangular, doblada a la mitad, con una abertura para la cabeza, los costados están cosidos dejando espacio para la salida de los brazos; se confeccionan uniendo uno, dos o tres lienzos rectangulares. Y aquí terminan las similitudes en esas prendas. Los huipiles se elaboran según el contexto en el que son creados. Materiales y técnicas se diversifican con objetivos y funciones distintas; hay algunos tejidos con algodón muy fino como los de las comunidades triquis en Oaxaca mientras que también los



hay de telas sintéticas, como los que las comunidades amuzgo de Guerrero realizan para su venta. En la comunidad mazahua de Ixtlahuaca en el Estado de México y en la comunidad triqui se confeccionan dos tipos de huipiles, el de uso cotidiano y el de gala. Este último se viste en las fiestas, en el casamiento y también acompañan a su dueña en la tumba. Algunos otros son exclusivamente para venderse y retoman bordados y colores del de uso cotidiano. Los huipiles se habitan. Las corporalidades que cubren vierten en ellos historias, sentimientos e identidades, es decir, su cultura. Javier San Martín en su *Teoría de la cultura* reflexiona el vínculo que la denominación de hábito entabla entre morada, vestido y cultura. El conjunto de hábitos configura la cultura, que tiene como morada el lugar que decidimos habitar, pero hábito es también vestido, por lo tanto, cultura es aquello que un cuerpo lleva encima, o en este caso, es aquello que viste, el huipil.

Un huipil es un texto y un discurso. El *Movimiento Nacional de Tejedoras Ruchajixik ri qana'ojbäl*, un grupo de mujeres mayas que lucha por sus derechos culturales, lo recuerda en su lema: "Los textiles son los libros que la colonia no pudo quemar". Los bordados o tejidos son códigos y mensajes culturales que sitúan a quien los porta y permite a los externos reconocer su pertenencia e identidad. Históricamente, ha sido el soporte por el que se extendieron los sistemas de identidad, creencias y poder. Se ha insistido en que, si se conoce su lenguaje, los huipiles son textos que

pueden ser leídos. Un texto es un discurso que conversa e interactúa con los autores y los lectores; en este caso el huipil-texto dialoga con quien lo habita y con quien lo observa.

Desde esta proposición, un huipil es un discurso que se ocupa de tres dimensiones, mencionadas por Van Dijk en *El estudio del discurso*: 1. El uso del lenguaje gráfico de los bordados y tejidos propios de la prenda que son creados para comprenderse en un contexto específico; 2. La comunicación de creencias que se establecerán según la cultura y el grupo al que pertenece la prenda y que se materializan en el cuerpo de quien lo porta; y 3. La interacción en situaciones de índole social que se modificarán según la ocasión en que se porte la prenda y la función que tenga. Estamos frente a un discurso con mensajes complejos relacionados con el contexto en que es creado, la persona que lo porta y la ocasión en que se viste.

Bajo estas premisas, cabe reflexionar sobre el fenómeno que se ha dado en los últimos meses, cuando el huipil se ha convertido en el discurso protagonista del proceso electoral mexicano al haber sido adoptado para arropar la imagen política de dos candidatas presidenciales, Claudia Sheinbaum y Xóchitl Gálvez. El 2022 quedará marcado por un decreto publicado en el Diario Oficial, mediante el cual se establece el 7 de marzo (un día anterior al día de la mujer) como el día del huipil. Aquí debemos recordar a Helena Calsamiglia y Amparo Tusón en *Las cosas del decir*,



quienes afirman que el análisis discursivo asigna sentido a partir de factores del contexto cognitivo y social que posiciona y define el significado.

En el caso de Sheinbaum, es un agente externo a las comunidades de donde proviene la prenda, pero la consume y la valora; ha mencionado abiertamente que fue de su madre de quien heredó su amor por las tradiciones. Los huipiles que utiliza tienen diversos orígenes, lo cual acentúa su apoyo a las diversidades étnicas de nuestro país y su sentido de pertenencia a este. Si bien, solía vestirlo en sus apariciones de jefa de Gobierno de la Ciudad de México, es justamente durante este proceso de convertirse en candidata a la presidencia que la hemos visto utilizándolo en toda ocasión e incluso recibéndolo en sus apariciones públicas. Su asistencia al festejo del Día del huipil oficializa su propio huipil. Ella habita la prenda oficial, en la que se conjugan y conjuntan todas las etnias, apropiándose de todos los pueblos y todos los discursos que en ellos se expresan.

Por otro lado, Xóchitl Gálvez ha hablado de sus raíces indígenas, aun cuando, como lo reflexiona Yasnáya Aguilar, a pregunta expresa sobre su pertenencia nunca ha contestado directamente, “sí, soy indígena *hñahñu*” (así se llaman a sí mismas las comunidades otomíes). De sus múltiples entrevistas sabemos que su padre era “*hñahñu*” y su madre mestiza; ella eligió autodenominarse con la identidad paterna, al menos desde

que decidió lanzarse por la presidencia del país. Al relatar su vida, hace énfasis en su historia de superación y los privilegios que alcanzó con ella, subrayando la distancia recorrida desde su salida de Tepatepec, el pueblo de Hidalgo en donde nació, hasta su casa de las Lomas de Chapultepec, un vecindario de clase alta en la Ciudad de México. Eso no es raro si pensamos en que Calsamiglia y Tusón apuntan que las identidades sociales pueden ser contradictorias y es justamente a través del discurso que se construyen y se mantienen.

Gálvez asume que, debido a su pertenencia cultural, tiene derecho de portar su huipil y no es ajena a esa morada, pero siempre guarda una distancia con aquello que nombra y habita. En varias ocasiones, ha utilizado prendas con características similares a los huipiles que no son prendas tradicionales, si bien esto podría comprenderse solamente como una cuestión de gusto, el evidente discurso político e ideológico de su uso, que es una ventaja en su campaña, deja entrever una simulación. Además, no olvidemos que los gustos son determinados por una pertenencia de clase. Sus huipiles son largos, llamativos y cubren todo su cuerpo, en contra de los de Sheinbaum, discretos y casi siempre cortos. Gálvez habita completamente su huipil, que es una morada extravagante, cara y profusamente decorada. Ella no viste prendas exclusivas de su cultura de procedencia, tiene una colección vasta que vemos desfilar en sus presentaciones públicas en las que llama la



atención por su suntuosidad. Al respecto, Casamiglia y Tusón afirman que analizar un discurso, cualquiera que sea su forma de materializarse, escrito, hablado o en este caso habitado y portado, es un instrumento de acción social, ya que ayuda a comprender los ejercicios de poder, las estrategias de ocultación y de negación. No obstante, vale la pena recordar que, al mismo tiempo, permite revisar y difundir aquellos discursos de resistencia y marginación.

Contrastando con estos dos discursos, está el huipil de una figura política que tuvo una campaña para la presidencia en el 2018, María de Jesús Patricio Martínez conocida como Marichuy. Su campaña fue corta por no alcanzar el número de firmas necesarias, pero dejó huella en el ambiente político, social y cultural. Marichuy es una mujer nahua nacida en Jalisco, curandera y defensora de los derechos humanos, que en 2017 fue elegida por el Congreso Nacional de Indígenas —una coalición de 58 comunidades originarias— para ser su representante en las elecciones del 2018. Su campaña es un referente para la representación política de los pueblos originarios. Ella utiliza el huipil y las blusas tradicionales, exclusivamente, de su propia comunidad, es su habitación cotidiana y es

parte de sus propios rasgos culturales. De acuerdo con Mosterín, un rasgo cultural puede ser un objeto, una manera de hacer, una creencia o una actitud; el discurso de este huipil es todo lo antes mencionado. Los mensajes plasmados en él son los propios de su comunidad, lo usa con respeto y en concordancia con los eventos a los que asiste, es decir, de gala para los eventos públicos, el cotidiano para sus actividades diarias. En términos de Mosterín, en este caso, el discurso de este huipil es un meme, en otras palabras, un trozo de información culturalmente transmitido.

En suma, nos encontramos con discursos políticos diversos que se materializan en el huipil para exhibirse como un símbolo cultural. Cabe hacer notar que los dos primeros casos son una imitación pasiva. Aun cuando en un caso hablamos de experiencia acumulada y oficializada, y en el otro de una información genéticamente transmitida, que por esta razón se asume válida, ninguna, como lo pretenden, forma parte de la cultura. En contraste, el huipil de Marichuy es información transmitida por aprendizaje social, es cultura y tradición. Con esto en mente creo inevitable preguntarnos: ¿Qué diría el huipil que habitamos?

